

24 de junio de 2023 - Solemnidad de San Juan Bautista

[Is 49:1-6; Hechos 13:22-26; Lucas 1:57---80](#)

### Homilía

La iconografía tradicional nos presenta a menudo a un Juan Bautista severo, desgreñado y de aspecto bastante desgarbado. Esta presentación puede inspirarse, por supuesto, en algunos pasajes de los Evangelios que recuerdan su predicación y sus llamadas a la conversión y a la penitencia. Sin embargo, el tema que se repite una y otra vez en los relatos de su nacimiento es el de la alegría.

Cuando el ángel Gabriel le dice a Zacarías que tendrá un hijo, predice que "muchos se alegrarán de su nacimiento". Cuando María, que acaba de concebir un hijo, va a visitar a su anciana prima Isabel, que también está embarazada desde hace seis meses, no sólo se llena de alegría la propia Isabel, sino que el niño que lleva salta de alegría en su vientre. Y cuando Isabel da a luz a su hijo, toda su familia y sus vecinos se alegran con ella.

Juan el Bautista es, con razón, el único santo, aparte de Cristo y su Madre, cuyo nacimiento se celebra litúrgicamente. De todos los demás, su entrada en la gloria celestial se celebra en el momento de su muerte.

Todos los textos en torno al nacimiento de Juan el Bautista nos hablan de la alegría de los afectados por este nacimiento. Y el propio Juan Bautista se nos presenta como un hombre profundamente feliz, de una alegría apacible, porque es un hombre unificado, enteramente entregado a su misión. Un hombre totalmente libre.

Porque es libre, porque no tiene nada que demostrar ni nada que conservar, puede hablar sin miedo a sus contemporáneos, ya sean soldados o gente corriente, príncipes o reyes. También puede apartarse ante aquel cuya venida ha anunciado, e incluso enviar a sus discípulos hacia él.

Todos sabemos por experiencia que cuando estamos tristes o somos infelices es porque hemos perdido a alguien o algo querido, o porque no podemos cumplir algunos de nuestros deseos o ambiciones. No tenemos todos los éxitos que nos gustaría tener; tenemos fracasos de los que podríamos prescindir. No se nos aprecia como creemos que deberíamos; nuestras ideas o planes más preciados pueden ser resistidos por los demás. Sentimos tensión entre la persona que nos

gustaría ser y las tareas o responsabilidades que se nos asignan. Estamos tristes, o al menos nuestra alegría no es perfecta, porque nuestros corazones están divididos.

En Juan el Bautista no vemos nada de esta división. Su misión es preparar la llegada del Mesías. Se identifica plenamente con esta misión. No aspira a nada más. Por lo tanto, es un hombre totalmente libre porque está totalmente unificado. Y como es libre, su visión de las personas y las cosas nunca se distorsiona. Cuando aparece el Mesías, lo reconoce enseguida. Y sabe que su misión ha terminado. Puede desaparecer. "Es hora de que él aumente y yo disminuya. Qué palabras tan sorprendentes, en un mundo en el que, entonces como ahora, todos quieren crecer en importancia, en función, en reconocimiento por parte de los demás, etc.

También sabemos hasta qué punto un maestro que tiene discípulos que le son fieles y devotos puede encariñarse con estos discípulos, que fácilmente se convierten en una posesión para él. Juan el Bautista, por el contrario, envía a sus discípulos a Jesús. "He aquí el Cordero de Dios", dice. Su papel con ellos ha terminado.

Como no tiene nada que perder, al no estar atado a nada, también puede tener libertad de expresión. Así que puede decirle al monarca que no se le permite tomar la esposa de su hermano. No importa si esto le lleva a la cárcel y, eventualmente, a la muerte.

Y entonces, en su prisión, empieza a tener dudas. ¿Se ha equivocado? El que reconoció como el Mesías realmente no está actuando como el Mesías que se esperaba que fuera. ¿Es realmente él? Juan es entonces lo suficientemente libre como para asumir sus dudas sin ser desestabilizado y envía a sus discípulos a preguntar a Jesús: "¿Eres realmente el que hemos estado esperando?" Y conocemos la respuesta de Jesús.

En esta solemnidad de Juan Bautista, pidamos también la gracia de una gran humildad, de un desprendimiento, de una libertad interior que nos abra a la verdadera alegría -esa alegría que puede permanecer intacta en el fondo de nuestro corazón a pesar de todas las pruebas y dificultades de la vida- a pesar del remolino de las aguas en la superficie de nuestra existencia. Pidamos esta alegría inalterable para cada uno de nosotros

Armand Veilleux